

dicho, quiero que me le claves en la frente, y, por añadidura, me hagas cuatro mamonas selladas en mi rostro: vuelve las riendas, ó el cabestro, al rucio, y vuélvete á tu casa, porque un solo paso, desde aquí, no has de pasar mas adelante conmigo. ¡Oh pan mal conocido! ¡oh promesas mal colocadas! ¡oh hombre que tiene mas de bestia que de persona! ¡Ahora, cuando yo pensaba ponerte en estado, y tal que, á pesar de tu mujer, te llamaran *señoría*, te despides! ¡Ahora te vas, cuando yo venia con intencion firme y valedera de hacerte señor de la mejor insula del mundo! En fin, como tú has dicho otras veces, *no es la miel, §c.* Asno eres, y asno has de ser, y en asno has de parar cuando se te acabe el curso de la vida; que para mí tengo, que antes llegará ella á su último término, que tú caigas y des en la cuenta de que eres bestia." Miraba Sancho á Don Quijote, de hito en hito, en tanto que los tales vituperios le decia; y compungióse de manera, que le vinieron las lágrimas á los ojos, y, con voz dolorida y enferma, le dijo: "Señor mio: yo confieso que, para ser del todo asno, no me falta mas de la cola; si vuesa merced quiere ponérmela, yo la daré por bien puesta, y le serviré como jumento todos los dias que me quedan de mi vida. Vuesa merced me perdone, y se duela de mi mocedad, y advierta, que sé poco, y que, si hablo mucho, mas procede de enfermedad que de malicia; mas, quien yerra y se enmienda, á Dios se encomienda.— ¡Maravillárame yo, Sancho, si no mezclaras algun refrancico en tu coloquio! Ahora bien, yo te perdono con que te enmiendes, y con que no te muestres de aquí adelante tan amigo de tu interés, sino que procures ensanchar el corazon, y te alientes y animes á esperar el cumplimiento de mis promesas; que, aunque se tarda, no se imposibilita." Sancho respondió, que si haria, aunque sacase fuerzas de flaqueza. Con esto, se metieron en la alameda, y Don Quijote se acomodó al pié de un olmo, y Sancho al de una haya, que estos tales árboles, y otros sus semejantes, siempre tienen piés, y no manos. Sancho pasó la noche penosamente, porque el varapalo se hacia mas sentir con el sereno. Don Quijote la pasó en sus continuas memorias; pero, con todo eso, dieron los ojos al sueño, y al salir del alba siguieron su camino, buscando las riberas del famoso Ebro, donde les sucedió lo que se contará en el capítulo venidero.

CAPÍTULO XXIX.

De la famosa aventura del barco encantado.

Por sus pasos contados y por contar, dos dias despues que salieron de la alameda, llegaron Don Quijote y Sancho al rio Ebro, y el verle fué de gran gusto á Don Quijote, porque contempló y miró en él la amenidad de sus riberas, la claridad de sus aguas, el sosiego de su curso, y la abundancia de sus líquidos cristales, cuya alegre vista renovó en su memoria mil amorosos pensamientos: especialmente fué y vino en lo que habia visto en la cueva de Montesinos; que, puesto que el mono de maese Pedro le habia dicho que parte de aquellas cosas eran verdad y parte mentira, él se atenia mas á las verdaderas que á las mentirosas, bien al revés de Sancho, que todas las tenia por la misma mentira. Yendo, pues, desta manera, se le ofreció á la vista un pequeño barco, sin remos ni otras jarcias algunas, que estaba atado, en la orilla, á un tronco de un árbol que en la ribera estaba. Miró Don Quijote á todas partes, y no vió persona alguna; y luego, sin mas ni mas, se apeó de Rocinante, y mandó á Sancho que lo mismo hiciese del rucio, y que á entrambas bestias las atase muy bien, juntas, al tronco de un álamo ó sáuce que allí estaba. Preguntóle Sancho la causa de aquel súbito apeamiento y de aquel ligamiento. Respondió Don Quijote: "Has de saber, Sancho, que este barco que aquí está, derechamente y sin poder ser otra cosa en contrario, me está llamando y convidando á que entre en él, y vaya en él á dar socorro á algun caballero, ó á otra necesitada y principal persona, que debe de estar puesta en alguna grande cuita; porque este es estilo de los libros de las historias caballerescas, y de los encantadores que en ellas se entremeten y